

José Antonio Marín Mateos

Las costumbres van cambiando, y cada día nuevas tecnologías inundan nuestro día a día, relegando al olvido profesiones y oficios que antaño fueron esenciales. Algunos, han perdido su puesto en la sociedad sustituidos por una máquina, o a causa de un sistema económico que les hizo imposible competir en precios para ganarse el sustento.

En este artículo, intentaré recordar algunos de esos oficios perdidos o en desuso, para mantener en el recuerdo los que alguna vez fueron imprescindibles.

AFILADOR

El afilador era aquel que deambulaba entre ciudades y pueblos para afilar instrumentos con filo, tal como cuchillos o tijeras. Se trasladaba con su bicicleta o motocicleta cuyos pedales o motor accionaban la rueda de afilar. A mediados del siglo XX, los afiladores se empezaron a asentar en locales de grandes ciudades, siendo cada vez menos los que viajaban de pueblo en pueblo. Con la llegada del sistema capita-



lista basado en el consumo a España, el oficio se fue perdiendo en beneficio de una cultura de usar y tirar en la que no tenía cabida el afilar los instrumentos de corte.

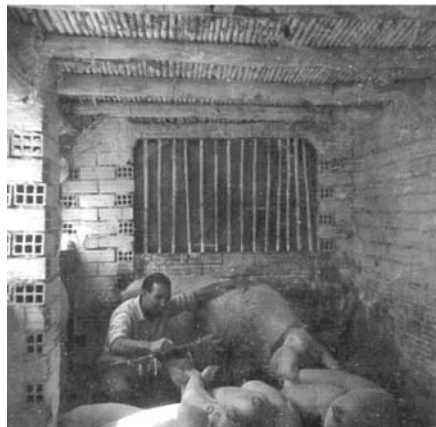
CORREDOR DE MARRANOS

Otro de los oficios perdidos en el recuerdo de las gentes de nuestra región es el de **“corredor de marranos”**, aunque también era conocido por otros nombres, que originariamente no siempre significan lo mismo, aunque todos ellos convergen sobre el trato de ganado: tratante de ganado, comisionista, marchante, corredor o

mediador de ganado. El corredor de marranos, se dedicaba a comprar y vender ganado exponiendo en cada operación el riesgo que conlleva de beneficios o pérdidas. Su trabajo surge ante el modo de vivir del huertano. Éste, dedicado a sus labores cotidianas, al laboreo de sus tierras y como ayuda al sostenimiento de la familia, solía tener en sus cuadras algunos cerdos, en especial algunas hembras, a las que llevaba al verraco para su reproducción.

Pero a la hora de vender su producto, se encontraba con el problema de no saber cual era el precio en ese momento y a quien vender. De ahí surgió la necesidad, de alguien que pudiera decir al huertano a cuánto podía vender su producto en aquel preciso momento y a quien vender. Esto lo solucionaba el tratante de ganado. El papel que ha representado dentro de la estructura económica de la huerta ha sido importante siendo intermediario entre la persona criadora de ganado y la persona compradora del mismo.

A veces actuaba como persona independiente arriesgando él mismo en la compra y venta, mientras otras veces, obraba como representante de una firma comercial. El buen corredor debía ante todo estar al corriente y bien informado de la clase y cantidad de ganado existente en el término en que él se desenvolvía. Era su materia prima y esta información podía



facilitarle el acceso de quien tuviera necesidad de comprar, pues el oficio prioritario del corredor era poner en contacto a la persona deseosa de vender con la persona deseosa de comprar y mediar entre ellos para llevar a cabo la operación.

El oficio se aprendía a través del contacto personal con los maestros del oficio y el corredor no era una excepción. Al amparo casi siempre de la experiencia del padre, iba aprendiendo a sortear las dificultades y asumir los conocimientos necesarios para su desempeño. Viendo actuar a los ya veteranos en el oficio, aprendía los trucos y conocía a los criadores del ganado. Se requería unas cualidades de trato afable, facilidad de expresión verbal, lo que determinaba tener buena imagen.

También era imprescindible la honradez y la confianza. Los “clientes” eran para toda la vida y por eso había que cuidarlos. Sólo si despertabas confianza en quien quieres vender podías cerrar operaciones y abrir nuevos caminos de contactos. Tenemos que tener en cuenta, que el trato entre vendedor y comprador era muy familiar. No podías defraudar a nadie, ni intentar engañar a los huertanos, porque, al final, en un ámbito tan pequeño como en el que se movía, todo se sabía y si alguien no quedaba conforme, lo iba a decir y a enterarse todo el pueblo.

El epicentro del trato solía ser la taberna, o las casas particulares. Allí estaba el que pretendía vender y el que deseaban comprar y en medio el tratante. Se ofrecía la mercancía, número de cabezas y peso aproximado. Si todo iba tal y como se había dicho y convenido se aceptaba la señal, cantidad de dinero que se adelantaba como formalización y compromiso del trato y se fijaba el día del peso.

Si durante el tiempo transcurrido desde la fecha de la venta y la del peso habían subido o bajado los precios en el mercado, el trato no se alteraba y se respetaba lo pactado. Todo culminaba cuando el tratante tomaba una mano del comprador y otra del vendedor y las unía entre las suyas y preguntaba: ¿Trato hecho? Cuando respondían sí, todo había finalizado y en

aquel momento se daba la señal convenida. En aquel preciso instante, era costumbre entregar el 10 ó 20% del valor de la operación. Las más de las veces no hacía falta ni dar señal, bastaba la palabra dada. Se tomaba el alboroque, unas copas por cuenta del comprador.

LOS HILEROS

El cambio en las formas de vida y los avances del nivel tecnológico han originado que tipos costumbristas y oficios de antaño, como el hilero, el recovero o los tartaneros hayan desaparecido. Todos somos hijos de nuestro tiempo, pero actualmente una gran parte de la población más vieja ha sido testigo de formas de vida que los cambios, adelantos y la estructuración actual de la sociedad han hecho desaparecer.

En la Murcia del siglo pasado era frecuente escuchar por los carriles de la huerta ¡Ya está aquí el hilero! ¡Ha llegado el hilero!, acompañado algunas veces del sonido de una trompeta.

El hilero era una especie de buhonero con un carretón o carro de madera que iba ofreciendo baratijas a cambio de trueque de trapos y alpargatas, aunque también aceptaba cables, tornillos, suelas de zapatos, papeles blancos y de color, de periódico o de revista, retales, alambre, hilos de cobre, tacones de los zapatos, botes de conservas, botellas, cambiándolos por otros objetos como eran platos, fuentes, jarros, niñitos, caballicos, tebeos o regalicia.

Los niños apenas tenían juguetes, por lo que necesitaban echar mano de la imaginación y los juegos de calle con los amigos. Los juegos con los amigos en las puertas de las casas era la forma más corriente de entretenerse. Muchos de ellos han perdurado hasta nuestros días, con los mismos nombres o con otros, pero siguen siendo los juegos de esconderse, pillar, saltar. Las piedras, el barro y los trozos de madera servían para jugar. Los niños se ingeniaban forman insólitas para conseguir un juguete. A ello les ayudaba un personaje poco conocido, pero que pervive en

la mente de aquellos niños de antaño: eran los hileros o traperos.

Éstos andaban de pueblo en pueblo recogiendo trapos viejos, entre otras cosas. Los niños se dedicaban a recoger alpargatas viejas y trapos que acabarían cambian-



do al hilero por un muñeco, si se trataba de una niña, o de un caballo, si era un niño.

Eran pequeños muñecotes de barro que les hacía mucha ilusión. A mediados del pasado siglo no se tiraba absolutamente nada a la basura. Todo servía para reciclarlo y, a cambio los niños recibían juguetes. El cristal se enviaba a la fábrica de vidrio de Cartagena; las suelas de los zapatos se utilizaban como combustible en las fábricas de la seda y del barrio murciano de San Antón y lo demás se enviaba a Elche. En papel se organizaba en varios tipos y según fuese para papel blanco de oficina, papel de periódico o papel de manila. Lo único que no se ha podido reciclar es la cerámica.

Entre las personas que suministraban las figuras de barro a los hileros se encontraba Francisco Viguera junto a su mujer Carmen Marín-Baldo. Eran imágenes religiosas de pequeño tamaño: el Sagrado Corazón de Jesús y el Sagrado Corazón de María, la Virgen del Carmen, San José, la Inmaculada, Nuestro Padre Jesús Nazareno y San Antonio de Padua. También muñecas de barro, el picador de toros, cuadernillos de escritura, la rueda de la fortuna pintada en un abanico y “mistos de trueno”; entre otros pequeños objetos. Estas figuras, los hileros y traperos la cambiaban principalmente a los niños por distintos materiales. Cada juguete tenía un valor por el que lo cambiaban los hileros

y traperos: botes de hojalata, ropas viejas, zapatos usados, esparteñas y los reseñados anteriormente. Todo se cambiaba, todo material era susceptible de trueque y todo era reciclable. Todos los materiales los llevaban a sus almacenes y los pagaban según el peso y el tipo de material. Lo que más valor tenía eran los botes de leche condensada La Lechera; les extraían el estano, antes de enviarlos a los altos hornos.

En 1913 se establecía Cayetano Serrano Lozano en el barrio de San Juan, concretamente en la calle Pajar del Rey, donde fabricaba juguetes de barro destinados a los hileros, excelentes clientes de la época. Caballos de diferentes tamaños y sonrosadas muñecas de barro, de piernas delgadas y brazos en cruz, completaban el muestrario subibajas y San Blases. Después de la guerra civil hacia el año 1940, siguió su hijo Pedro Serrano Moñino, trasladándose a la calle de la Gloria y más tarde a la puerta de Orihuela hasta el año 1963. Pedro Serrano continuó con la industria hasta 1987, y con su jubilación su hija Mercedes ha continuado con su labor en la empresa, siendo su actual emplazamiento la Crta. De Alicante en el cruce de Casillas.

Otro taller que suministraba figuras a los hileros fue el de Rogelio Pérez Rocamora instalado en la calle Cartagena, sucediéndole su hijo Rogelio Pérez Garre. Hacían caballos y muñecas y santos para que los vistieran las niñas, también los regalos que se entregaban en el Entierro de la Sardina. No era otra cosa que reproducciones en miniatura de los mismos cacharros de uso cotidiano. Muchos han sido los alfareros-belenistas de nuestra Región, que han trabajado en aquellas imágenes de barro cocido que los hileros llevaban en sus carretillas.

CONDUCTOR DE GALERAS

Para aquellos que no sepan lo que es una galera, comentarles que se ha utilizado en Murcia durante siglos para el transporte de viajeros, aquel llevar y traer a las gentes a la estación, al médico, aunque no había bautizo, boda o entierro que no estuviera una galera. Un carruaje genuina-

mente murciano de mayores dimensiones que los carros y tartanas, de cuatro ruedas sobre ballestas, cubierta y con asientos tapizados y suelo con moqueta o alfombrilla, tirada por mulas o uno o dos caballos. La galera era conducida por el galero; pero quien, por lo general, era conocido por el nombre común de tartanero que conducía desde el pescante su buen caballo o jaca ordenando la marcha del animal.

Fueron las galeras, los taxis del siglo XIX y hasta los años sesenta del siglo XX, las vimos circular por nuestras calles y carreteras. En 1833, salía de la posada del Comercio de Murcia una galera de mensajería propiedad de Antonio Vives, con destino a Valencia, con las comodidades propias para toda clase de pasajeros. Salía los lunes a las cinco de la mañana, llegando a su destino el jueves de la misma semana en la tarde, saliendo de Valencia para Murcia el lunes de la semana siguiente para llegar a ésta el jueves. Para viajar a Madrid, salía desde la posada del Almudí, la galera de Francisco Tevar (a) Faldriquera, con siete mulas que admitía pasajeros y arrobas y desde la calle Nueva en la parroquia de San Miguel la galera de José Carrasco.

Entre los constructores de galeras en la Murcia del XIX, destacaba el maestro Mauricio Martínez, domiciliado en la calle Villaleal, encargándose del tapizado el guarnicionero Sebastián López y de la pintura Antonio Meléndez, conocido por "el Madrileño". Estas galeras resultaban de lo mejor que se hacía en su género por su sólida construcción, ligereza y elegante forma, así como por el buen gusto con que se decoraba.

Entre los personajes que encargaron la construcción de una galera encontramos a D. Manuel Silvela (ministro de Estado) y D. Ricardo Guirao de la Rocamora. Otro taller de construcción de carruajes lo encontramos en la calle del Trinquete 5, propiedad de Santiago Martínez, que destacaba por la solidez, la precisión y el esmero de su trabajo en los carruajes que salían de sus manos. En la calle del Puente nº 4, se encontraba la guarnicionería de José Martínez, que ofrecía a su clientela y al público en general el vestir una galera con telas



de primera, cortina, badana, lona y piso de hule por 180 pesetas. El precio de una galera seminueva a comienzos del siglo XX era sobre unos 3.600 reales.

La tarifa de precios de las galeras para el servicio público en 1924, desde la estación del ferrocarril: Por cada galera para familia desde el punto de parada o desde su domicilio, con equipaje, era de 4 ptas. Por cada viajero desde el punto de parada o desde su domicilio, 0,75 pesetas. El servicio por carreras dentro del casco de la población, por uno o dos asientos, sea cualquiera el carruaje utilizado, 1 peseta. Cada asiento más, 0, 50 ptas. Si el servicio era por horas, por una galera con un caballo, de uno a tres asientos, cada hora, 2,50 ptas. Se consideraba como casco de la población, para los efectos del servicio por horas, los pueblos de Monteagudo, Espinardo, Era-Alta, Raya y Aljucer. En las fiestas de Carnaval y en los días de fiestas oficiales de Abril y feria de Septiembre había un aumento en la tarifa del 50 por 100. El precio de una galera, ida y vuelta, para una familia que pasara el día en la Paloma, La Luz o La Fuensanta, era de 15 pesetas.

Los puntos de parada, además de la Estación del Tren, se encontraban en la Plaza del Cardenal Belluga, Plaza de Apóstoles, Puerta del Casino. Puente, Plaza de Camachos y Santa Teresa. En las tardes de toros en la Plaza de la Cruz. Los conductores de galeras fueron desapareciendo uno a uno, poco a poco, de la ciudad; así hasta



quedar eliminado del todo hasta el último vestigio de aquella profesión. No tuvieron otra opción los tartaneros que acogerse al ramo que les era más propicio: vendieron sus galeras y se hicieron taxistas.

EL LAÑADOR

El oficio de lañador es muy antiguo. Era un artesano, generalmente ambulante que iba de pueblo en pueblo, buscando trabajo y cargado con los enseres para componer los cacharros y la loza que le entregaban al efecto las mujeres de los pueblos, y también arreglaba los paraguas que le presentasen para su compostura, así como los útiles domésticos de cinc o latón con estaño.

Eran tiempos en que las gentes, ante la falta de dinero, reparaba los elementos del hogar antes de ir a comprar otros, lo normal era arreglarlos o reconstruirlos para seguir usándolos. En especial en los años de la posguerra civil española las economías, (sobre todo las de las familias más humildes) no podían permitirse el lujo de cambiar la cacerola, los platos, la cántara, las tinajas para el agua. Todos los objetos de uso doméstico y cotidiano, gozaban de larga vida, a pesar de los parches y remiendos que acumulaban.

Con el grito: ¡Ha llegado el lañaooooor y paragüero! ¡Se arreglan lebrillos, ollas,

sartenes, tinajas y cosas de porcelana! ¡Ha llegado el lañaooooor!

El lañador era conocido como el lañaor porque salía arreglar con lañas que son a modo de grapas de acero, que se utilizaban para unir las partes rotas de las vajillas y enseres caseros hechos de barro cocido como: tazones, fuentes, lebrillos, tinajas, orzas, cazuelas, cántaros, platos, etc., o loza fina (porcelana).

Para estos menesteres usaba una herramienta llamada piconesa (taladro de mano) que solían hacerse ellos mismos, con una broca fina con la que hacía los orificios para poner la laña. Con este perforador hacían dos agujeros, uno a cada lado de la rotura tratando de no perforar totalmente las paredes de la vasija. A continuación, colocaba la laña, fabricada con alambre acerado o con varetas de paraguas que previamente había curvado, para ello, doblaba el alambre poniendo sus dos mitades muy juntas, se hacía una patilla en una punta y la encajaba en uno de los orificios, a continuación, hacía la otra patilla que a su vez introducía en el otro orificio, el lomo de esta grapa, que iba un poco curvado, se presionaba con el dedo con el objeto de que quedase sólidamente ajustada por extensión de la misma. Puesta la primera, seguía con las siguientes de la misma manera hasta terminar el trabajo. Una vez colocadas, aseguraba las mismas con cal viva recién apagada con agua, y algún otro componente, para cerrar los poros de la vasija arreglada y evitar la salida del agua o cualquier otro líquido. Se decía que los objetos lañados duraban toda la vida y, si volvían a romperse, no era por la grieta lañada.

El lañador solía arreglar los paraguas, enderezando las varillas o cambiándola por otra de los paraguas viejos que solía llevar, o le añadía algún clavillo en el juego de cerrar o abrir las varillas que tuviesen problemas.

Llevaba sus herramientas en una caja de madera colgada al hombro con todo lo necesario para su actividad, alambre, estaño, soldadores, martillos, piedra redonda para ser empleada como yunque, y caja

con algún que otro pequeño remache que en ocasiones había que poner, y en cualquier portal de una casa improvisaba su taller, la clientela acudía a su encuentro mientras pregonaba su oficio por la calle.

En una de sus manos, llevaba un bote de los utilizados en la conserva, de unos dos kilos, con un alambre grueso como asa, donde llevaba las ascuas para calentar los estañadores, que eran unas varillas de hierro con mango de madera y en su otro extremo tenía una cabeza en la que una de sus caras estaba más afilada y es por donde aplicaban el calor para estañar.

Para realizar esta operación, limpiaba bien la zona alrededor donde estaba roto el recipiente, y con el estañador bien caliente, se acercaba a la zona a reparar junto con un trozo de estaño, en función del agujero a trabajar, extendiéndolo para tapar el poro o agujero del recipiente, con el calor se desprendía algunas gotas y seguidamente se frotaba en el agujero hasta llegar a taparse. Después se probaba, con agua para ver si había quedado perfecta la reparación.

Como complemento a estos trabajos también se encargaban de atirantar los somieres de las camas cuando habían cedido.

Ni que decir tiene que éste es uno de los múltiples oficios que ya desaparecieron y que se desarrollaba de forma nómada, recorriendo los pueblos, intentando ganar una peseta. Este oficio ambulante, que tuvo su apogeo entre los años cuarenta y sesenta del pasado siglo XX ha desaparecido. La aparición de los plásticos y el desarrollo económico dio al traste con esta profesión de la que muchos murcianos no habrán podido conocer ni su nombre.

EL RECOVERO

Entre las profesiones de tipo más o menos nómada, y ya casi extinguida, en nuestra región, tenemos que mencionar la profesión de recovero. El comercio entre la ciudad y el medio rural se hacía a través de unas personas que abastecían a las aldeas, caseríos, casas de campo, lugares aislados y lejos de algún pueblo o población cercana.

Estas figuras se les conocían con el

nombre de recoveros, recorrían caminos, veredas y sendas con las caballerías cargadas de mercancías para venderlas o cambiarlas por otras clases de artículos como animales de corral: gallinas, pollos, conejos, así como huevos, hortalizas etc., que posteriormente los vendían en los pueblos.

Los recoveros trabajaban con un borrico y en una especie de codo o aguaderas llevaban todo de lo que podían para vender: legumbres, zapatillas, telas, tabaco, etc.

Este trabajo, había sido ya usual entre los moriscos antes de su expulsión general. En muchos de ellos había sido la única profesión posible al haberse desarraigado de sus tierras e introducido en otras, en donde no se les miraba con buenos ojos. Hemos de tener en cuenta también las restricciones que sufrían los moriscos en el ejercicio de profesiones y de oficios, pues, en general, encontraban muchas dificultades para ser admitidos en las agrupaciones gremiales, y solían ser excluidos de todos los cargos, oficios, privilegios o concesiones, para el ejercicio de una profesión, para la cual se necesitaba una licencia especial.

En la sociedad de la primera mitad del siglo XX, la economía era cerrada, existiendo poco comercio. Dominaba la economía de autosubsistencia, pero había productos que no se producían y había que comprarlos. El dinero no era el único instrumento de cambio existente. La gente que vivía en el campo no necesitaba acudir al pueblo para comprar lo necesario, había una figura que hacía de intermediario entre los productos del pueblo y del campo, era el recovero.

La vida avanzaba y de los mulos con las angarillas cargadas de productos, o el carro, pasaron a la época del motor, empezando a utilizar las motos, para pasar seguidamente al coche. Pero aún variando el medio de transporte, los recoveros, siguieron recorriendo los caseríos y los lugares aislados, al objeto de comprar huevos, gallinas, pollos, pavos, lechones y otros productos, con el fin de revenderlos posteriormente en los lugares de consumo.

En las casas de pocos recursos, también se solía criar un cerdo, pero, para venderlo



y comprar otros productos y no faltaban los animales de corral. Los pollos y las gallinas eran fáciles de alimentar, pues al estar sueltos por los alrededores de las casas, se alimentaban de los restos no utilizados por sus habitantes, lombrices, insectos, gusanos, hierbas, apurando también los restos de comida que dejaban sus dueños.

En las ciudades y pueblos grandes de nuestra región, durante siglos, ha tenido lugar un mercado semanal. Junto a los puestos de frutas, hortalizas, semillas, legumbres y salazones, se ubicaba un lugar para la **recova**, donde se hacían las transacciones de la pequeña industria de la mujer huertana, que actuaba como recupera, con cuyo producto atendía ella a las menores y a veces las mayores necesidades de su casa. Las aves y los huevos no eran una producción llamativa por su volumen pero tenía gran interés para algunas economías, sobre todo las más modestas, como fuente de proteínas y también de ingresos.

AGUADOR

Se llama aguador a la persona que vende y distribuye agua entre la población. El aguador era una profesión muy popular en épocas en que no estaba generalizado el suministro de agua corriente.

Para conducir el agua potable a las casas, los aguadores guiaban dos o tres borriquillos de los cuales llevaban unas angarillas con media docena de cántaros

de barro cocido y con ellos subían los conductores a las habitaciones y llenaban las tinajas o cacharros que para el objeto tenían destinados los vecinos. Estos modestos traficantes del agua se hallaban agremiados y cobraban una tarifa en función de la cantidad suministrada.

Aquellas personas que podían, cogían el agua del río, de la acequia, o de los brazales, no sólo para el riego, lavado, etc., también la utilizaban para beber, hecho ahora impensable por la contaminación de las mismas, pero hace bastantes años, esto era posible, por lo que la mayoría de las familias solía tener en sus casas dos o más tinajas destinadas a guardar el preciado líquido para el uso doméstico.

En el mes de enero se solían llenar para el gasto del verano y a partir de septiembre se iba utilizando el agua que se cogía diariamente. Algunas personas disponían de aljibe, que se iba llenando con el agua de la lluvia, pero eran los menos.

Por lo que se refiere a Murcia y pedanías, las gentes compraban el agua a los aguadores, que solían traerla de Espinardo o de otros lugares, en un carro con cántaros; por lo general llevaban doce, más tarde utilizaron una "pipa" o tina de madera y posteriormente camiones. Un cántaro cuya capacidad era aproximadamente 15 litros solía costar dos pesetas. Este trabajo tocaría a su fin cuando en la ciudad y pueblos se instala el agua potable.

